

Monachil

Un encuentro tradicional y muy navideño



Un cariño compartido y muy especial...

Cercanía entre los acogidos y la Comunidad Parroquial de Barrio Monachil.

Desde hace varios años, en la Comunidad Cristiana de San José en Barrio Monachil, organizamos una campaña de Navidad a favor de los acogidos en la Casa del Sagrado Corazón. Pero la campaña no se limita a recoger alimentos, productos de limpieza o de aseo personal. Cada año acudimos un domingo por la tarde y, aparte de traer lo donado, compartimos una fiesta con las personas acogidas. Este año el festejo tuvo lugar el pasado 19 de diciembre.

Es un encuentro sencillo, entrañable y muy grato para ambas comunidades, porque nos conocemos y reconocemos como amigos, como compañeros, como hermanos en Cristo.

Este año, además, la Comunidad de Barrio Monachil trajo un pequeño y sencillo regalo personal para cada uno de los hermanos que viven en la Casa del Sagrado Corazón. El regalo fue entregado uno a uno por los niños con gran alborozo de todos los presentes.



Fe y jóvenes

.02

El rechazo mayoritario de la juventud actual ante todo lo religioso.



Es lunes

.03

"Los lunes acudo como voluntaria a la Casa del Sagrado Corazón"



Fe y juventud.

Soledad

“Me siento en innumerables ocasiones “solo” ante la pasividad y la burla ajena hacia algo en lo que realmente creo.”

Orgullo de ser cristiano

“Me gustaría manifestar lo orgulloso que me siento por pertenecer a la Iglesia Católica, de ser cristiano.”

Rechazo social

“Un joven como yo vive diariamente el rechazo que sienten, no ya al cristianismo, sino a cualquier cosa que tenga que ver con un ser divino.”

Hermano y amigo de todos

“Los no creyentes, aquellos que, sencillamente, se dedican a pasar el rato en este mundo con la sola aspiración de llenar su vida con lo material.

Es a ellos a los que deberíamos dar ejemplo, sintiéndolos hermanos nuestros y mostrarles una vía alternativa basada en el amor y la unión.”

¿Es aburrido ser un joven cristiano?

Un joven de 16 años nos muestra sus sentimientos ante el rechazo generalizado de los jóvenes a todo lo religioso.

Quisiera en primer lugar manifestar lo orgulloso que me siento por pertenecer a la Iglesia Católica, de ser cristiano. Manifestar también mi voluntad de demostrarlo en todos los sentidos en que un cristiano debe vivir este maravilloso regalo que es la vida, de ser un hermano y un amigo para todos, incluso, y ahí es donde quiero poner más énfasis, para los no creyentes. Para aquellos que, sencillamente, se dedican a pasar el rato en este mundo con la sola aspiración de llenar su vida con lo material. Es a ellos a los que deberíamos dar ejemplo, sintiéndolos hermanos nuestros y mostrarles una vía alternativa basada en el amor y la unión.

Un joven como yo vive diariamente el rechazo que sienten, no ya al cristianismo, sino a cualquier cosa relacionada con la espiritualidad, que tenga algo que ver con un ser divino, un creador, un Padre. Los chavales de mi edad viven en el rechazo a la mentalidad religiosa y se mofan de los practicantes, de los creyentes, de sus hermanos.

Yo, y hablo desde el plano personal, me siento en numerables ocasiones “solo” ante la pasividad y la burla ajena hacia algo en lo que realmente creo. Una sociedad cristiana sería el ideal de vida, la juventud sería un grupo de hermanos, se considerarían valores, como el respeto, la educación, la generosidad o el altruismo.

Espero contribuir a este ideal de sociedad con estas palabras dirigidas sobre todo a la juventud de la que formo parte.

Nacho Andrés Corts.





¡Por fin...! volverá a ser lunes

[artículo publicado en la Hoja Parroquial "La Pradera" de Barrio Monachil].

Me es difícil expresar, los sentimientos y emociones que todos los lunes, durante algo más de un año, surgen en mi interior al entrar en la casa de acogida que la Institución benéfica del Sagrado corazón tiene en Haza Grande. Cuando Josequín –nuestro párroco– me informó sobre la labor de la Institución, no dudé en entrar a formar parte del voluntariado de la misma. De esta forma creía contribuir a superar esos prejuicios, que solemos tener, hacia los grupos sociales más necesitados. Desde entonces colaboro realizando tareas domésticas y ayudando a los acogidos más impedidos, en las actividades que por sí solos no pueden realizar.

Pero... ¿qué recibo a cambio de mi trabajo?, ¿qué ocurre en la casa para que nada más

salir de ella, pienso en el tiempo que falta para volver? La respuesta es sencilla, no se hace esperar: Recibo AMOR; un cariño intenso, sincero y desinteresado, por parte de los acogidos, que se manifiesta en el brillo de sus ojos, en sus sonrisas o simplemente al oír "gracias, Isabel". Sin embargo, hoy, un año después, sin ser ellos conscientes del bien que me producen, soy yo la que les muestro mi gratitud, porque...si bien, empecé dando amor, ahora soy feliz porque me siento amada. Si bien, empecé ofreciendo amistad, hoy siento el reconocimiento de las personas a las que ayudo. Es ahora, al estar junto a ellos, cuando empiezo a sentirme valorada, a sentir autoestima por lo que hago, por lo que ofrezco y por lo que recibo.

La solidaridad no se crea ni se impone, nace del corazón. Doy gracias a Dios,

¡Por fin...! volverá a ser lunes (continuación)

porque, debido a ella, me siento privilegiada al ser un eslabón más de la cadena que contribuye al buen funcionamiento de la casa; siento que mi trabajo se ha convertido en una necesidad espiritual que debo alimentar; mantengo una relación de amistad y complicidad con las compañeras de grupo, dentro y fuera de la casa; además, y no en último lugar, me ha permitido tener un nuevo gran amigo, que es más que un compañero de viaje, con el que puedo contar para acciones y proyectos venideros -gracias, Ignacio-

No quisiera acabar mi testimonio, sin mostrar mi total admiración y gratitud por las Hermanas que coordinan todas las actividades de la casa: desde que llegué supieron ganarse mi confianza y hacerme partícipe de su proyecto. Son un claro ejemplo de solidaridad. Su generosidad y dedicación, hacia los acogidos es tal, que hacen de la casa una GRAN FAMILIA. Que Dios les bendiga.

Y... a vosotros, que formáis parte de la misma comunidad cristiana que yo, os invito a participar, de forma activa, en la casa. Es una experiencia única e irrepetible. ELLOS OS NECESITAN y no os defraudarán.

Isabel Camberos.
Diciembre 2010.



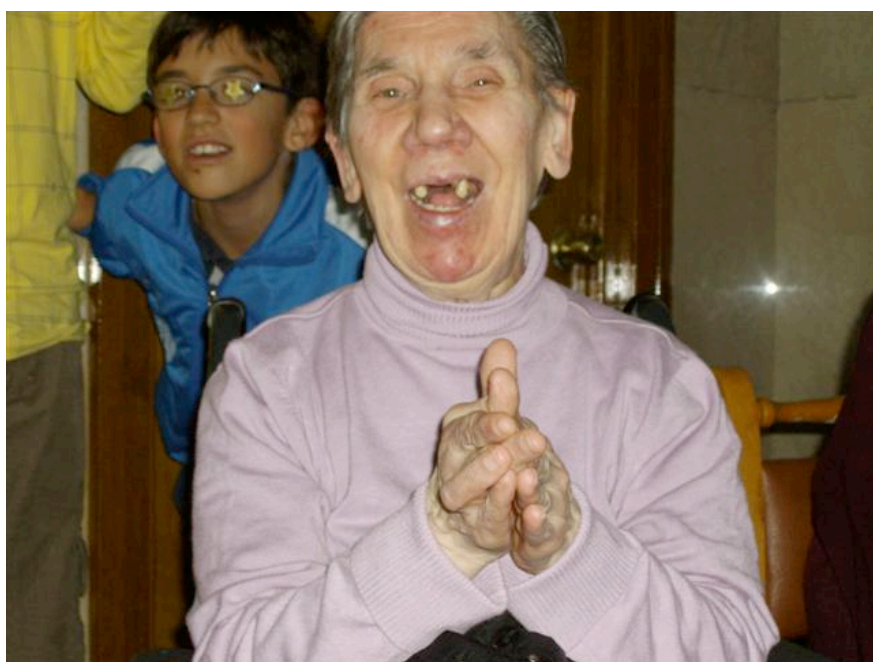
El premio del voluntario:

“La respuesta es sencilla, no se hace esperar: Recibo AMOR; un cariño intenso, sincero y desinteresado, por parte de los acogidos, que se manifiesta en el brillo de sus ojos, en sus sonrisas o simplemente al oír: gracias, Isabel.”

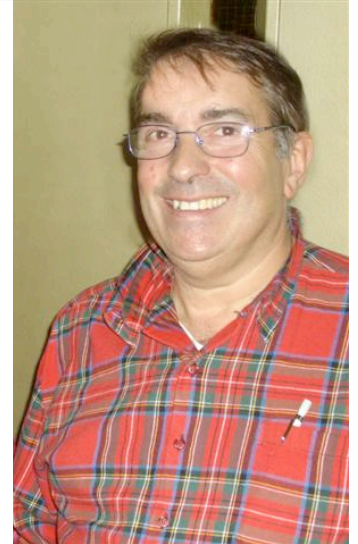


Las hermanas:

“Desde que llegué supieron ganarse mi confianza y hacerme partícipe de su proyecto. Son un claro ejemplo de solidaridad. Su generosidad y dedicación hacia los acogidos es tal, que hacen de la casa UNA GRAN FAMILIA. Que Dios les bendiga.”



Carta abierta de un voluntario creyente.



Querida amiga, querido amigo:

¿Cómo se deja de creer? ¿Alguna vez te has preguntado esto?

Seguramente eres capaz de decirme, con toda sinceridad, algo parecido a esto: *“Mira, yo no sé lo que me ha pasado estos años, pero he cambiado mucho por dentro. Ya no sé si creo o no. No estoy seguro de nada”*.

Pensemos juntos: la cosa es muy sencilla. Sin darnos cuenta podemos abandonar todo lo que puede nutrir nuestra fe. Dedicamos nuestro tiempo a buscar trabajo, a los estudios... *“¡bastante tenemos con estas cosas!”* Te entiendo perfectamente. Pero si no alimentas tu fe, terminará muriendo del todo. Si quieres reavivarla habrá que cuidarla mejor.

Al mismo tiempo también te ha podido pasar otra cosa: la fe que has vivido de niño se te ha quedado corta. Como los trajes que entonces usabas y que ya no te valen. ¿Serías capaz de volver a ponerte el mismo traje de la primera comunión que entonces? Claro que no. Has ido creciendo en destrezas, cultura, personalidad... Eres un adulto. Y aquella religión “infantil” ya no te sirve. Estarás de acuerdo conmigo que si quieres vivir tu fe ahora, deberás dejar a un lado esquemas y planteamientos infantiles y aprender a crecer de manera responsable, como corresponde al adulto que eres.

También me puedes decir que has dejado de lado tu fe porque te has sentido maltratado por la vida. Y eso te lleva a no creer en nada ni en nadie. ¿Tus heridas son demasiado dolorosas? ¿No puedes vivir en paz interior? Para reavivar tu fe necesitas descubrir a un Dios amigo. Permíteme un consejo: búscate un buen creyente que te escuche y te comprenda.

Si te parece, en el próximo boletín seguimos profundizando. Un abrazo.

Ignacio Salas.



“¿Serías capaz de volver a ponerte el mismo traje de la primera comunión que entonces? ¡Claro que no! Eres un adulto. Aquella religión “infantil” ya no te sirve.”